

La crónica rápida de un sueño

ZULU

LOS últimos días en Euskadi han sido una auténtica locura: preparar todas las cargas para enviar el material y la comida a Kathmandu, arreglar esos detalles que van quedando para última hora y que se solucionan gracias a toda la gente que tiene fe en nosotros y nos ayuda desinteresadamente. El día 21 de julio estamos en Kathmandu Adolfo, Felipe y yo con el propósito de arreglar todos los problemas burocráticos que son muchos, hacer todas las compras de comida, cocina, embalajes, etc., para tenerlo todo dispuesto el 5 de agosto, día que llega el resto del grupo. Más trabajo, más problemas a solucionar. Organizar y llevar a término una expedición de estas dimensiones con un objetivo de esta envergadura no es tarea fácil. No, nunca es tarea fácil hacer realidad los sueños.

El 4 de agosto Felipe y Adolfo salen de Kathmandu con 200 cargas de 30 kg., varios sherpas y montones de ilusión hacia Kiri en dos autobuses. Allí estarán bloqueados durante cuatro días, pues los nacientes sindicatos de la joven democracia nepalí exigen unos salarios para los porteadores imposibles de asumir con nuestro presupuesto. Tras varios días de negociar sin entender exactamente quién es quién, consiguen ponerse en marcha.

Mientras tanto, el resto del grupo ha llegado a Kathmandu y el día 7, con Kunito tomamos la avioneta de Lukla. ¡Cuánto necesitaba sentirme en la montaña!, tras casi dos

meses de trabajo intensivo en la preparación de esta empresa; empresa, sí, pues sabemos que alpinistas americanos dan conferencias a ejecutivos explicando la preparación de una expedición al Himalaya como ejemplo de organización.

Todo es barro

Namche Bazar, sábado y día de mercado. Lluve, todo está embarrado y sucio. Cada cual con su pequeño negocio que ha traído portando desde Jiri o a saber de dónde. Alguien ha matado un búfalo y vende su carne troceada de cualquier forma, mientras los perros merodean; se ha instalado al lado del

lugar que ha sido utilizado como cagadero al amanecer. ¡Todo acaba siendo barro, al fin y al cabo!

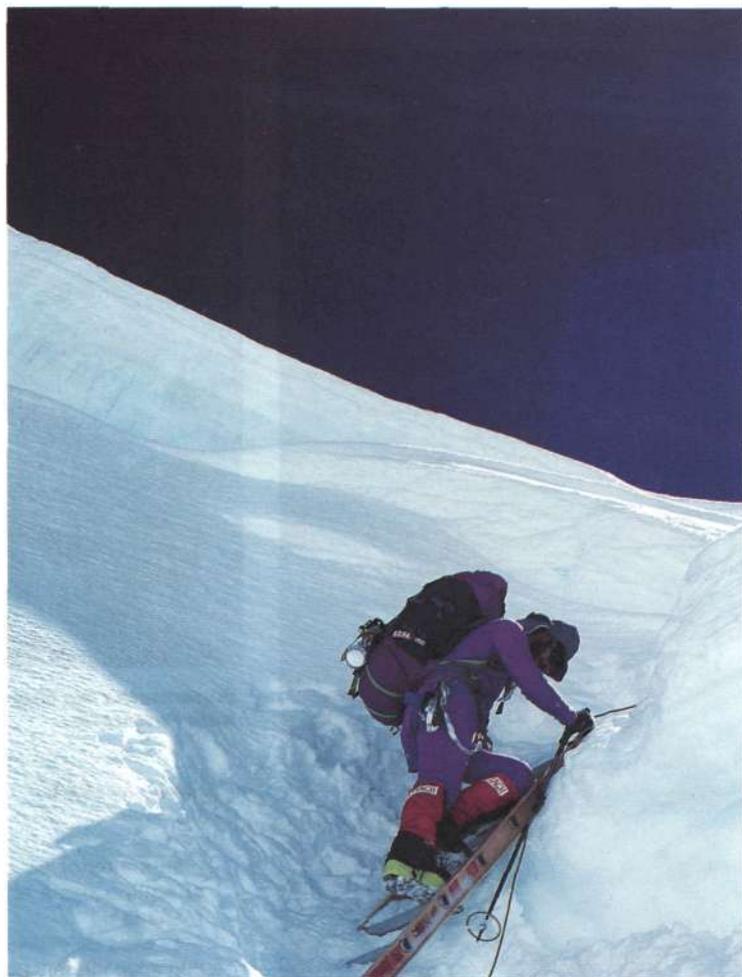
Namche sigue siendo una burbuja de nieblas. Cae sin parar una fina lluvia, creando un ambiente en extremo húmedo y que invita a recogerse en las confortables casas de piedra y madera.

Entre el 21 y 25 de agosto vamos llegando todos al Campo Base, en ese desolado rincón del glaciar de Khumbu, a 5.350 m. y al pie de la Cascada de Hielo. Supone un gran esfuerzo, todavía sin aclimatar, el mover tantas toneladas de piedras para preparar plataformas, paredes para la cocina y almacenes, sobre un lecho de hielo que a lo largo de la expedición se irá moviendo y fundiendo.

Junto con la expedición coreano-japonesa y el francés Denis empezamos a explorar y equipar la Cascada de Hielo, ese mundo de formas y luces inimaginables con acechantes peligros agazapados entre seracs. Para el 1 de setiembre tenemos montado el campo I, a 5.950 m., justo al comienzo de ese grandioso valle que es la Comba Oeste.

El tiempo es monzónico; las mañanas son claras y poco a poco, las nieblas van subiendo desde el sur por el valle hasta adueñarse de todo y dejar unos centímetros más de nieve en la montaña.

En pocos días queda abierto un profundo surco en este Valle del Silencio, roto a veces por el rugir de las avalanchas. El campo II queda establecido como base avanzada en una pequeña morrena de piedras a 6.500 m. Sobre nosotros se alza ya nuestro objetivo: la pared S.O.



Ixiltasunaren haranean.



Harategia.